

Los Centros de Documentación en la encrucijada de dos mundos

Eloísa Gómez Lucena *

Ordenador frente a cerebro

LAS comunicaciones por satélite espacial y fibra óptica pueden alterar el sentido primigenio de la información que por esas vías se distribuye. Se tiende a estimar más los conocimientos que se reciben por estos vehículos de transmisión que si los obtuviéramos por los métodos tradicionales. Sin disminuir los avances de las telecomunicaciones puestas al servicio de la informática, convendría

* Jefa del Centro de Documentación de TENEO.

tornar la mirada hacia los contenidos de la información tan frecuentemente sobrevalorados por el simple hecho de que accedemos a ellos desde un ordenador o un aparato de televisión.

Si sólo tuviéramos en cuenta la velocidad en la transmisión, despreciaríamos los impulsos nerviosos de un hombre que ponen en relación las diferentes partes del cuerpo humano, pasando por el sistema nervioso central, en unos 1/25 segundos. Los nervios conducen esos impulsos a una velocidad media de 362 km/hora. Muy decepcionante. Porque la rapidez de respuesta del organismo humano ante los estímulos es casi como la de los viejos aeroplanos de hélice.

La velocidad de la transferencia de los conocimientos a través de un satélite espacial es cuestión de milésimas de segundo en las comunicaciones más rápidas, o de unos pocos segundos en las más lentas. La distancia entre los puntos de envío y de recepción del mensaje suele ser prácticamente irrelevante.

Pero si los seres humanos no podemos competir con la informática en lo que a la velocidad se refiere, en cambio la superamos ampliamente en cuanto a la diversidad de la información que se transmite. Ésa es la radical diferencia entre el cerebro humano y el ordenador. Hasta ahora, la máquina más avanzada en capacidad de memoria y en métodos de tratamiento de los datos no puede equipararse en complejidad con el cerebro humano.

En el hombre existe una red perfectamente coordinada de billones de células nerviosas conectadas entre sí. Las señales que pasan de una célula a otra son controladas por uniones especiales que se llaman sinapsis. Las sinapsis aseguran la transmisión de las sensaciones y son las responsables de la relativa lentitud de la conducción nerviosa. En la última generación de ordenadores, las conexiones entre las distintas informaciones que tienen almacenadas se cuentan por miles, no por billones como en el cerebro humano.

A la vista de los avances técnicos en el campo de la informática, tenemos el convencimiento de que en el futuro se acortarán las distancias entre el ordenador y la mente humana. Cada día, las revistas científicas nos proporcionan algún artículo que ratifica esta conjetura.

Sin embargo, hoy por hoy, parece imposible construir una copia de un cerebro humano mientras no se conozca el modo en que cada una de las sinapsis establece la unión entre el axón de una neurona y el cuerpo celular de otra. Lo que entendemos por pensar —examinar con cuidado

una cosa para formar dictamen— resulta una función tan sencilla para los hombres como inviable para los ordenadores.

Marvin Minsky, uno de los más destacados expertos en inteligencia artificial, que además posee conocimientos en física, biología y otras ciencias, se pregunta en un artículo recientemente publicado «si nuestro desarrollo intelectual, en cuanto a especie, habrá alcanzado algún tipo de meseta. No hay señales de que estemos adquiriendo mayor inteligencia. ¿Fue Albert Einstein mejor científico que Isaac Newton o que Arquímedes?» (1).

Arquímedes expone en su libro *Arenario* las teorías astronómicas de Aristarco de Samos, sabio griego que vivió en el siglo III a. de C. Por el tratado que nos queda del mismo Aristarco, se deduce que tuvo una idea clara del movimiento de la tierra, de la distancia de ésta al sol y a la luna, y de la fijeza de las estrellas. Es éste uno de los muchos ejemplos que podemos poner de aquellos hombres de la antigüedad que estaban dotados del mismo caudal de inteligencia que los mejores científicos actuales. Si elegimos a quienes en aquel tiempo se ejercitaron en las artes y las letras, los casos pueden ser todavía más numerosos.

Informática más ciencia

LOS avances técnicos que han logrado las ciencias no deben hacernos olvidar que el conocimiento y la percepción de la realidad alcanzados hace más de dos milenios están vigentes en gran medida. Por otro lado, los problemas esenciales del hombre, sus anhelos y ambiciones, los conflictos entre su ser individual y la colectividad en que vive no acaban de resolverse.

Precisamente porque seguimos vinculados a los aciertos intelectuales del pasado y deseamos modificar los fracasos, se acaba de crear la «Comisión Internacional para el renacimiento de la antigua Biblioteca de Alejandría». Hace unos meses, el director general de la Unesco, Federico Mayor Zaragoza, se reunió en la ciudad de Asuán junto a un grupo de jefes de Estado y personalidades del mundo político, científico, cultural e industrial, por expresa invitación del Gobierno egipcio, con el fin de buscar apoyos internacionales a esta empresa.

(1) Marvin Minsky: «¿Serán los robots quienes hereden la tierra?», *Investigación y Ciencia*, 219, 87-92.

Podría parecer anacrónico que, cuando las bibliotecas y los centros de documentación están mirando al futuro, echen la vista atrás y añoren lo que representó la Biblioteca de Alejandría para su época. Sin embargo, lo que la Comisión propone es crear una biblioteca con los más avanzados sistemas de gestión documental, conectada a redes de comunicación científica, como INTERNET, a través de la cual se pueda acceder a los centros de investigación y a las universidades de todo el mundo. La Biblioteca de Alejandría estimulará la cohesión y el intercambio cultural entre los países del área mediterránea y los de Oriente Medio.

Hoy en día, cualquier biblioteca o centro de documentación con fines más modestos que los de la futura Biblioteca de Alejandría también dispone de conexión a las redes internacionales de investigación, tiene acceso a las bases de datos, así como a cualquier otro recurso informático.

Y es que, como ha puesto de manifiesto Walter Dohr (2), especialista en derecho constitucional, la información se ha convertido en el cuarto factor de producción en las sociedades industrializadas, junto a los clásicos factores del trabajo, el capital y la tierra.

Formación frente a información

PARA dotar a la información de mayor calidad, conviene que el experto en la investigación, el documentalista en último término, analice y clasifique aquella que mejor pueda servir a los intereses y necesidades de los usuarios. A éstos deberá protegerlos de la avalancha de material publicado, a fin de ahorrarles la sensación de hallarse perdidos en un laberinto de datos y referencias.

Algunos médicos empiezan a tratar a pacientes —no todos bibliotecarios o documentalistas, por supuesto—, de «infoadicción». El infoadicto es aquella persona que tiene un comportamiento desquiciado y compulsivo porque está obsesionada por conocer la última noticia sobre un tema. Vive pendiente de todo lo que se publica, tiene acceso al videotexto, su ordenador está conectado a las bases de datos; los periódicos y la radio no sacian sus apetencias desordenadas de información. Y lo único que consigue es estar abrumado y angustiado por no abarcar todos los documentos

(2) Dohr, Walter: *Información pública frente al mercado privado de la información*. Viena: Servicio Jurídico de Derecho Constitucional de la Cancillería Federal, 1992.

disponibles en el mundo. Aunque por ahora puede parecer un fenómeno paródico, quizá, en el futuro, existan clínicas especializadas para su tratamiento.

Los libros pueden ser la «medicina del alma», inscripción que según refiere Diodoro de Sicilia campeaba a la entrada de la biblioteca del rey Osimandía de Egipto (3), o bien, desencadenar un estado de enajenación, tal y como observa Cervantes: «y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio» (4).

El exceso de información conduce a que la interpretación sea más importante que la mera obtención de datos. El bibliotecario que se precie de senequista debería asumir la máxima del filósofo cordobés: «muchedumbre de libros disipa el espíritu» (5). En consecuencia, desbrozará la documentación que recibe y seleccionará lo más esencial con el fin de preservar la salud mental de los usuarios.

Otro filósofo español, éste de nuestro siglo, aconseja en su libro *La misión del bibliotecario*: «tendrá el bibliotecario del porvenir que dirigir al lector no especializado por la *selva selvaggia* de los libros y ser el médico, el higienista de sus lecturas [...] Hoy se lee demasiado: la comodidad de poder recibir con poco o ningún esfuerzo innumerables ideas almacenadas en los libros y periódicos va acostumbrando al hombre, ha acostumbrado ya al hombre medio a no pensar por su cuenta y a no repensar lo que lee, única manera de hacerlo verdaderamente suyo. Éste es el carácter más grave, más radicalmente negativo del libro» (6). La perspicacia de Ortega y Gasset previó lo que nos depararía el futuro a los pocos decenios de su muerte. ¿Qué sucederá en los siglos venideros con los avances tecnológicos aplicados al campo de la información?

Cuando surge la necesidad de organizar los conocimientos de una forma eficaz, se requiere el oficio del documentalista. El intrincado mundo del acceso a los datos exigirá a ese profesional dominar las herramientas precisas para navegar seguro por el mar de la información con el fin de

(3) Diodoro de Sicilia: *Biblioteca histórica o Biblioteca de historias*. Diodoro escribe Osimandía cuando se refiere a Ramsés II, por ser la deformación de la pronunciación semítica de este nombre.

(4) Cervantes, Miguel de: *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*, Madrid, Castalia, 1982, pág. 73.

(5) Séneca, Lucio Anneo: *Cartas morales a Lucilio*. Barcelona, Planeta, 1985, pág. 4.

(6) Ortega y Gasset, José: «La misión del bibliotecario», Madrid, *Revista de Occidente*, 1967, págs. 90-91.

elegir el rumbo que lo lleve, sin naufragios, a los datos o documentos adecuados.

En la era de la explosión informativa, los bibliotecarios y documentalistas se encuentran en la encrucijada de dos mundos: cómo aplicar las modernas tecnologías sin menoscabo de los antiguos saberes.

En este artículo hemos querido manifestar la inquietud que tienen muchos profesionales de la información acerca del modo en que las telecomunicaciones pueden alterar la práctica de su oficio. El modo de ejercerlo y la resolución de los problemas que se les plantean quedan aplazados para otra ocasión.